

ALEJANDRO PETION

Para D. Félix Alberto Holguín.

El modesto jornalero que cultiva el jardín de su amo, sufre sólo la punzada de las espinas, sin que mañana, cuando las gayas flores se ostenten ufanas, pueda tomar para sí una sola de ellas; para otro es el placer de contemplar la belleza del huerto y de embriagarse con el aroma. Esa es la vida; la justicia es aquí en la tierra algo muy caprichoso, y casi nunca toca la gloria al que verdaderamente la mereció; unos siembran y otros cogen.

Las sociedades se pagan más de la ostentación vana que de los hechos positivos; por eso se levantan monumentos a los hombres que se imponen con la espada o se atribuyen ajenas glorias, mientras el que trabajó silenciosa y eficientemente, sufre en la soledad y el abandono los dolores de la ingratitud y los mordiscos de la canalla vil.

Luz de la verdad es la historia, se ha dicho; eso debe ser; que ésta estudie calladamente los hombres y los hechos, para que dé un fallo justiciero que compense, siquiera ante la posteridad, las injusticias que los contemporáneos cometen con los genuinos obreros del bien.

La historia de Colombia no se ha escrito de manera definitiva; se va acercando sí la época en que se deba acometer tan glorificadora empresa; muchos son los héroes olvidados, y sin duda alguna quizás estemos tributando honores a quienes no los merecieron; el porvenir traerá una sentencia acorde con la verdad.

Hubo un hombre, ilustre por sus hechos, insigne por sus virtudes cívicas, y sublime por la protección que dió a Bolívar en las horas más amargas en que el Padre de América erraba mendigando un mendrugo de libertad para sus hermanos

oprimidos: ese fué PETIÓN, el gallardo Presidente de Haití, que acogió benigno a los desterrados de Cartagena y de Venezuela en la hora en que Morillo aventaba a este Continente sus huestes vencedoras, e implantaba por doquiera, como signo de paz, el cadalso para la sabiduría y la virtud.

Ningún colombiano ha dedicado homenaje al benemérito adalid del pueblo y prócer de nuestra emancipación, cuyas bondades con el Libertador fueron ilimitadas. Ojalá que estas páginas, desgarradas y pobres, estimulen a los maestros en la historia, para que ensalcen como se debe al protector de la libertad americana.

Nació AALEJANDRO en Puerto Príncipe el 2 de abril de 1770. Fueron sus padres un rico colono europeo, de nombre Sabés, y una joven mulata llamada Ursula. Nególe su apellido el desnaturalizado padre; su madre no lo tenía. Su madrina le puso el apodo de *Petiot* que, transformado en PETIÓN, vino a ser el apelativo del grande hombre.

En la infancia lo destinó Sabés al aprendizaje de la herrería, pero el niño se formó platero. Su carácter equilibrado y enérgico le fué dando en su medio gran preponderancia; muy joven sentó plaza de soldado raso en un cuerpo de tropas de *Cazadores de la milicia*, donde mostró valor y especiales dotes de organización. Desde la edad de veinte años PETIÓN figuró entre los promotores de la insurrección contra el régimen colonial.

Al estallar la guerra entre Inglaterra y Francia descolló entre los mejores tenientes de Andrés Rigaud y se le encargó del mando de la artillería. Cuando ocurrió la desavenencia entre Rigaud y Santos Louverture, se hizo al lado del primero; derrotó a D. Juan Jacobo Dessalines y se hizo dueño

de Jacmel, la que defendió heroicamente en 1800.

Los triunfos de Santos Louverture hombre que, en concepto de Cantú, conocía las artes del poder y la fuerza del orden, obligaron a PETIÓN a trasladarse a Francia.

Cuando en el año de 1802, Bonaparte pensó en recobrar a Santo Domingo, vino el héroe haitiano como Coronel, en la expedición que comandaba el cuñado del Primer Cónsul, el Gral. Víctor Manuel Leclerc, quien había nacido en Pontoise en 1772. La expedición constaba de 20,000 hombres. El ilustre PETIÓN se unió a ella, atraído por las promesas liberales que le había hecho Napoleón sobre la libertad de los negros, pues la Convención había declarado desde 1794 abolida la esclavitud de las colonias, y Dantón había entonces gritado: *lanzamos la libertad a las colonias; hoy ha muerto la Inglaterra.*

Louverture dió a Haití una constitución semejante a la que había dado el Primer Cónsul a Francia; se proclamó Presidente vitalicio de la República; rechazó las proposiciones de los ingleses, despachó al francés Santonax, salvó a los blancos y, nuevo Espártaco, dijo: "Yo soy el Bonaparte de Santo Domingo."

Cruenta fué la lucha y en absoluto estéril para los franceses; casi todos murieron víctimas de la fiebre amarilla; europeos y colonos rivalizaron en ferocidad; Leclerc proclamaba: "No sientan bien los penachos en cabezas de monos", y se dió a violar de la manera más vil el derecho de gentes. Convidó a Santos a un banquete, lo aprisionó con su familia y le envió a morir en un calabozo de Francia; Rigault fué cosido en un saco y arrojado al mar; estas crueldades excitaron los ánimos y la guerra se tornó salvaje e inhumana; el valeroso Cristóbal incendiaba y talaba el terreno que habían

de hollar los franceses; Dessalines hizo morir diez mil personas, y el sucesor de Leclerc, Rochambeau, lanzó al mar a muchos negros, lo que produjo gran indignación y hubo de entregarse prisionero a los ingleses que fomentaban la revuelta por todos los medios posibles, y así la expedición fracasó completamente.

El 29 de noviembre de 1803 se proclamó la independencia de Haití "jurando todos, a la faz del universo, morir antes que caer de nuevo bajo la dominación de Francia."

PETIÓN, avergonzado de haber tomado parte en tan criminal empresa, se retira con unos pocos a las montañas y de concierto con Dessalines da el grito de independencia. Se toma a Puerto Príncipe; el malvado Rochambeau pone a precio la cabeza del prócer, quien se opone a las crueldades del mismo Dessalines. Entonces, ascendido a General de División, obtiene el mando del Oeste.

Los malos procederes de Dessalines, que se había proclamado emperador con el nombre de Jacobo I, pusieron de nuevo las armas en manos de PETIÓN el cual, se dice, en asocio de Gerin, hizo dar muerte al emperador; asumió entonces el mando Enrique Cristóbal, quien no quiso aceptar una constitución y se declaró monarca absoluto. PETIÓN le hizo la guerra y, aunque vencido en Sibert, fué nombrado Presidente de la República el 10 de marzo de 1807.

Hubo, por lo tanto, dos gobiernos: el de Enrique Cristóbal que, bajo el nombre de Enrique I, dominaba en el Norte, y el de PETIÓN en el Sur y el Oeste. Este tuvo que luchar con su rival y dominar muchas conspiraciones, por lo cual se vio obligado a ejercer una dictadura militar.

Sabio y progresista fué el Gobierno de PETIÓN; sus conciudadanos le amaban hasta el punto de re-

elegerlo en 1811; en el año siguiente reforzó su autoridad y aumentó su prestigio venciendo totalmente a Enrique Cristóbal que pretendió hacerse dueño de Puerto Príncipe; a la muerte de Rigaud, el Presidente se tomó la región en que éste mandaba. En 1816 los haitianos lo eligieron Presidente vitalicio.

No era PETIÓÑ un hombre de genio, de esos que como César, Napoleón y Bolívar vuelan por las más encumbradas regiones; sus concepciones no pasaban de la esfera común; pero era metódico, probo, virtuoso y de innegables dotes de gobierno. Pertenece a la familia intelectual de Wáshington, San Martín y Santander; impulsó la educación popular y la agricultura, cuya dirección ofreció a nuestro Zea en 1815; fué diplomático y digno; respetó las libertades públicas y descolló como un adalid de la causa de América; por eso su nombre debe estar inscrito en nuestros corazones, y la posteridad le ha de alzar un monumento glorioso y magnífico como su memoria preclara.

Parece lo más cierto que PETIÓÑ se separó voluntariamente del mando y designó al Gral. Boyer para sucederle. La muerte le vino el 21 de marzo de 1818. Su amada Jaïo llevó a París sus restos y allá les colocó en digno sarcófago.

BOLÍVAR Y PETIÓÑ

La perfidia de Castillo obligó al Libertador a retirarse de la Nueva Granada en 1815. Morillo se acercaba; la República parecía por culpa de bajas pasiones. El 9 de mayo del año citado, "en una noche oscura y casi en calma" salió Bolívar de Cartagena. Sólo le acompañaban su secretario privado Briceño Méndez, su primer edecán Kent, y los dos hermanos Carabaños. Llegaron a Kingston a fines del mismo mes. Allí fué Bolívar muy bien atendido por personas del gobierno y de la más alta sociedad.

El héroe no daba descanso ni a su mente ni a su brazo, como lo había jurado en el monte Sacro, por dar libertad a la América. Pensaba armar una expedición para invadir a Venezuela; tuvo el apoyo de hombres de la talla de Luis Brión y Roberto Southerland; éste lo recomendó al egregio Presidente de Haití, adonde hubo de retirarse el Libertador por no ser muy propicio el gobierno inglés a la causa de América.

Era Brión un rico mercader y armador de Curazao, amante de la libertad, a quien Cartagena había dado el título de "hijo querido"; ese paladín fué amigo excelente de Bolívar y dedicó su vida a la República. Para la expedición dió 3500 fusiles, 132.000 piedras de chispa y algunos buques armados.

Southerland era inglés; puso todos sus bienes a las órdenes del Libertador y, una vez conquistada la voluntad de Petión en bien de la independencia, se convino en que, para no comprometer a Haití con España, dueña entonces de una parte de Santo Domingo, Bolívar giraría sus letras contra Southerland, a quien se abonarían, sin que se hiciera constar en la Tesorería de la República.

Una de las principales cualidades de Bolívar era el dón de atracción irresistible; nadie se escapaba de aquel espíritu que era un imán poderoso; conquistaba corazones para sí, como pueblos para la libertad; ningún guerrero ni hombre de estado le ha igualado jamás en este punto. Oírlo, tratarlo, y ser suyo era una sola cosa. Así Petión le rindió homenaje a su genio y decía: "Yo tributaré siempre mi admiración a este grande hombre; yo le conozco y sé de lo que es capaz."

El egregio Presidente de Haití, con suma diplomacia y con notable energía impulsó y protegió la expedición que se proyectaba; la causa de Amé-

rica era la suya; a ella sirvió con denuedo sublime. Veamos sus cartas, las que mostrarán al lector la obra meritoria de tan eximio varón.

“Puerto Príncipe, 18 de febrero de 1816, 13 de la Independencia.”

A S. E. el Gral. Simón Bolívar.

Señor General:

Ayer recibí la apreciable carta de V. E., fecha 8 del que rige. Escribo al Gral. Marión sobre lo que ha hecho V. E. que se me pida, y con dicho General puede V. E. entenderse para todo lo relativo a ese asunto.

V. E., Sr. General, conoce mis sentimientos respecto a la causa cuya defensa ha emprendido V. E., quien personalmente debe estar persuadido de cuánto anhelo tengo por ver sacudido el yugo de la esclavitud a cuantos gimen bajo su peso. Pero ciertas razones me obligan a guardar consideraciones a una Nación que hasta ahora no se ha manifestado hostil a esta República; por esto suplico a V. E. no publique nada de lo que se ha hecho en esta República ni fuera de ella. Tampoco debe V. E. mencionar mi nombre en ninguno de sus actos públicos. En todo lo que toca a estos puntos cuento con los sentimientos que son característicos a V. E.

He recibido la solicitud del Coronel Juan Valdez y la he despachado favorablemente. El Gral. Marión está encargado de entregarle lo que solicita el Gral. Valdez.

Elevo mis votos por la felicidad de V. E. y le ruego me crea con la más perfecta consideración de V. E. seguro servidor.

ALEJANDRO PETIÓ”

La heroica Cartagena sucumbió: en sus desiertas plazas y calles, vueltas un cementerio, entró el feroz Morillo, y sobre ruinas y cadáveres asentó el trono de Fernando VII. Gallardamente cantó Bello a la blasonada ciudad:

“Ni menor prez los tiempos venideros
A la virtud darán de Cartagena.

No la domó el valor: no al hambre cede
Que sus guerreros ciento a ciento siega:

Nadie a partidos viles presta oídos:

Cuantos un resto de vigor conservan,

Lánzanse al mar, y la enemiga flota

En mal seguros leños atraviesan.

Mas no el destierro su constancia abate,

Ni a la desgracia la cerviz doblegan;

Y si una orilla dejan, que profana

La usurpación, y las venganzas yerman,

Ya a verla volverán bajo estandartes

Que a coronar el patriotismo fuerzan

A la fortuna, y les darán los cielos

A indignas manos a arrancar la presa:

En tanto por las calles silenciosas,

Acaudillando armada soldadesca,

Entre infectos cadáveres, y vivos

En que la estampa de la parca impresa

Se mira ya, su abominable triunfo

La restaurada Inquisición pasea;

Con sacrílegos himnos los altares

Haciendo resonar, a su honda cueva

Desciende enhambrecida, y en las ansias

De atormentados mártires se ceba.”

PETIÓN, noble y munífico, se apresuró a escribir la siguiente carta:

“ALEJANDRO PETIÓN, Presidente de Haití, al Gral. Marión, Jefe del Departamento de los Cayos.

La ciudad de Cartagena acaba de sucumbir, mi caro General, y estando en poder de los realis-

tas españoles, os invito a no permitir la exportación de granos y otras provisiones del puerto de los Cayos.

Os saludo amistosamente.

Puerto Príncipe, enero 4 de 1816. Año 13 de la Independencia.

PETIÓN”

Fué Haití en los años 15 y 16 para los patriotas venezolanos y granadinos lo que en otros tiempos Atenas para los desterrados de Tebas, quienes, a la cabeza del intrépido Pelópidas, planearon allí la libertad de su amada ciudad, tiranizada por los déspotas de Esparta.

Privaciones, tristeza y amarguras sin cuento hubieron de soportar los emigrados; pero la nobleza de PETIÓN no olvidaba esos dolores y estuvo siempre pronto a socorrer a los mártires de la libertad. El siguiente documento pinta claramente cuáles eran las excelencias de aquella alma privilegiada y hasta dónde alcanzó su amor a los americanos del sur. No hay comentario que se alce a la altura de esta bella acción. Veamos:

“ALEJANDRO PETIÓN, Presidente de Haití, al Gral. Marión, Gobernador del Departamento de los Cayos.

Mi caro General:

Os recomiendo hacer entregar por la administración de los Cayos a los desgraciados emigrados de Cartagena una ración diaria de pan y carne. Es un acto de humanidad digno del Gobierno de la República. Comunicaréis la presente carta al administrador Adam.

Os saludo amistosamente.

Puerto Príncipe, enero 26 de 1816. Año 13 de la Independencia.

PETIÓN”

Con mucha razón dice Felipe Larrazábal que el Presidente de Haití era “de corazón benigno, ilustrado y lleno de virtudes practicadas con tan exquisito primor que caben más en la admiración que en la historia.”

Bolívar, con pasmosa actividad, preparaba todo lo indispensable para la pronta expedición. PETIÓN escribió lo siguiente al Gral. Marión:

“Razones que no deben confiarse al papel, mi querido General, pero que tienden en gran manera a consolidar la República, me obligan a invitar a Ud., por la presente, a poner a la disposición del Gral. Bolívar dos mil fusiles y sus bayonetas, de los depositados en el Arsenal de los Cayos por Mr. Brión; pondrá U. también a su disposición el mayor número de cartuchos y piedras de fusil que pueda, no reservando, particularmente de los cartuchos, sino una pequeña cantidad. Haga U. salir estos objetos como envío hecho a la gran Enseñada, cargándolos a bordo de una embarcación, cuyo capitán, que Ud. colocará a bordo, y la tripulación, sean dignos de su confianza; y esta embarcación, una vez fuéa y de modo de no ser percibida, alcanzará la que el Gral. Bolívar destine para recibir estos objetos, y los pasará a su bordo. Es necesario que esto no se trasluzca, y confío en las precauciones que U. tomará con tal respeto.

Saludo a U. amistosamente.

Puerto Príncipe, 26 de enero de 1816. Año 13 de la Independencia.

PETIÓN.”

El 7 de marzo del mismo año se dirigió a Marión en estos términos:

“Si en el Arsenal de los Cayos no existen cartuchos hechos para entregar al Gral. Bolívar, de conformidad con lo que tengo escrito, os autorizo, General, para ordenar que le entreguen una cantidad de 10.000 libras de pólvora, pero tomando U. tal precaución que dicho objeto parezca ser destinado a Jeremie. También le haréis entregar 15.000 libras de plomo. Os suplico también tener a la disposición del Gobierno, para ser entregados a la fragata y corbeta del Estado que para dicho fin pasan a los Cayos, un número de marineros haitianos; mas haréis esto de una manera que no se perjudique a la expedición del Gral. Bolívar.

Os saludo amistosamente.

PETIÓN”

Además lo autorizó para que le entregase al Libertador una prensa portátil. Inagotable era la generosidad de PETIÓN. Por esto dice Azpurúa: “Todo lo que tenía Haití y que se necesitó para expedicionar, todo lo que estuvo al alcance de PETIÓN, como patriota y como el primer magistrado de aquella República, todo, todo, lo tuvo Bolívar. Armamento, municiones, y hasta marineros para la escuadra; abrigo, subsistencia, y todo género de consideraciones para los refugiados de Cartagena; apoyo moral a la autoridad del Libertador, amenguada y débil para entonces, todo lo facilitó PETIÓN, quien también interpuso e hizo valer su poder para que resultara, como resultó, frustránea la oposición que se hacía, tan directa como insensata, al apresto y salida de la primera expedición que en 1816 dió felices resultados para la Independencia.”

Más que los recursos materiales que PETIÓN dió al Libertador, valieron el estímulo y el apoyo moral que le prestó en amargas circunstancias. Lista ya la expedición, era necesario elegir un Jefe supremo, capaz de llevar a término feliz tan audaz empresa. Verificóse una junta en casa de la Sra. Juana Bruvil con el objeto indicado. Allí estaban Zea, Mariño, Brión, Piar, Bermúdez, Justo Briceño, Soublette y muchos más. La generalidad estuvo porque fuera Bolívar el Jefe supremo; pensaban de distinta manera Aury, Bermúdez y Montilla (Mariano), quienes quedaron excluidos por su enemistad con el Libertador. Enemigos formidables aquéllos que no se creían inferiores al hijo de Caracas; ellos le miraban como a un igual, y la ambición de mando los cegó hasta llevarlos a cometer actos indignos.

Aury reclamó ante el Dr. Marimón, comisario general del Congreso de la Nueva Granada, el pago de sus servicios a la República y embargó la goleta *Constitución*. El Libertador pudo con suma prudencia impedir que esta reclamación surtiera sus efectos. Pero Aury, Montilla, Bermúdez y otros disidentes, proyectaron una expedición a Méjico con el fin de perturbar la que iba a salir para Venezuela; así se sembraba la división y se echaban a pié los planes de Bolívar. Este acudió a PETIÓN, quien con firmeza, ofició al Gobernador de los Cayos lo siguiente:

“ALEJANDRO PETIÓN, Presidente de Haití, al Gral. Marión, Comandante del Distrito de los Cayos.

Habiendo sabido, mi querido General, que se establecen en los Cayos divisiones que podrían llegar a ser funestas a la causa de la libertad, por refugiados extranjeros, que se dicen, los unos por la Nueva Granada y los otros por Méjico, he resuelto interponer mi autoridad, á fin de hacer terminar es-

ta clase de divisiones, que, dando un ejemplo peligroso a los pueblos de la República, pueden ser el resultado de las maquinaciones de los enemigos ocultos de la independencia del Nuevo Mundo. Y como en toda especie de causa, un gobierno protector de la humanidad, justo, equitativo y padre del pueblo que rige, debe hacer lo que convenga a la futura prosperidad y protección de los que viven a la sombra de su sistema establecido; he resuelto que hasta nueva orden no se reconozca ninguna autoridad que se diga mejicana o de Méjico entre nosotros: que en toda la extensión de su jurisdicción, no permita U. bajo ningún pretexto, enarbolar en ninguna embarcación el pabellón llamado de Méjico, y que tampoco permita que se haga ninguna expedición para Méjico, revocando a este fin todas las órdenes contrarias a lo que le prescribo por la presente.

Y como el Gral. Bolívar y Mr. Marimón, son legalmente reconocidos como autoridades de la Nueva Granada, y debe convenir a la República que sea así, pondrá U. en manos de ellos todos los papeles de las embarcaciones de Cartagena que estén depositados en las suyas.

Haga U. llamar a los capitanes y armadores de los buques, y les notificará U. de viva voz que el Gobierno no reconoce otras autoridades que a Mr. Marimón y al Gral. Bolívar, a cuyas manos han pasado los papeles de sus buques, que las embarcaciones que no sigan a estos dos señores, no saldrán del puerto de los Cayos, cualquiera que sea su pabellón; y U. se opondrá de hecho, por todos los medios que estén a su alcance, a que los buques que no sigan la expedición del Gral. Bolívar, salgan de los Cayos hasta nuevas órdenes de mi parte. Me refiero a una carta orden relativa al asunto de la *Constitución*. El Gobierno responderá de su valor estimado por

árbitros, y de bueno o mal grado, será puesto dicho buque a la disposición del Sr. Marimón y del Gral. Bolívar; al cual participará U. esta disposición, diciéndole de mi parte que no pierda instantes; pues pueden llegar de Europa buques y recursos que hostilicen su empresa: léale esta carta y que no se detenga.

Puerto Príncipe, 25 de febrero de 1816. Año 13 de la Independencia.

PETIÓN

Esta valiente actitud del ínclito haitiano salvó la penosa situación del Libertador; así su autoridad quedó vigorizada y reconocida.

Antes de partir fué a despedirse de su generoso protector. Los dos caudillos, abrazados y derramando lágrimas, tuvieron un corto e intenso diálogo. PETIÓN dijo al Héroe americano: "Que el buen Dios os proteja en vuestras empresas."

—"Que El, respondió Bolívar, me permita dejar a la posteridad un monumento irrevocable de vuestra filantropía, y nombraros autor de nuestra felicidad."

—"No pronunciéis nunca mi nombre, exclamó el Presidente de Haití; mi único deseo es el ver libres a los pueblos que están gimiendo bajo el yugo de la esclavitud: haced libres a mis hermanos, y quedaré pagado."

El Libertador lo prometió diciéndole: "...no me pidáis ese acto de justicia como recompensa de vuestras liberalidades, sino como una diligencia feliz de mi destino."

También expresó personalmente el Libertador a Marimón su reconocimiento por las atenciones que le había prodigado y por la manera como había

cumplido las órdenes de PETIÓN. Bolívar abrazó al gallardo Comandante de los Cayos, le regaló el retrato y le dijo: "General, yo os escribiré con frecuencia, porque la correspondencia de los amigos redobla la existencia."

El 20 de marzo de 1816, a las diez de la mañana de un bello día, zarpó del puerto de Acuña la pequeña expedición que venía a luchar con el formidable ejército que el Rey de España había enviado a la América bajo las órdenes del intrépido D. Pablo Morillo, vencedor de los Mariscales de Napoleón.

El 5 de julio del año dicho tocó la expedición en Borburata, cerca de Puerto Cabello; tomaron rumbo luego hacia Ocumare adonde llegaron el 6; allí Bolívar dió una proclama por la cual decretaba la suspensión de la guerra a muerte y la abolición de la esclavitud. Veamos algunas frases de tan notable documento: "La guerra a muerte que han hecho nuestros enemigos cesará por nuestra parte; perdonaremos a los que se rindan, aunque sean españoles. Los que sirven a la causa de Venezuela, serán considerados como amigos, y empleados según su mérito y capacidad. Las tropas pertenecientes al enemigo que se paseen a nosotros, gozarán de todos los beneficios que la Patria concede a sus bienhechores. Ningún español sufrirá la muerte fuera del campo de batalla. Ningún americano sufrirá el menor perjuicio por haber seguido el partido del Rey, o cometido actos de hostilidad contra sus conciudadanos. Esa porción desgraciada de nuestros hermanos que ha gemido bajo las miserias de la esclavitud, ya es libre. La naturaleza, la justicia y la política piden la emancipación de los esclavos: de aquí en adelante sólo habrá en Venezuela una clase de hombres, todos serán ciudadanos. Luego que tomemos la capital convocaremos el Congreso ge-

neral de los representantes del pueblo y restableceremos el Gobierno de la República”.

Política amplia y sabia la del Libertador; perdón para lo pasado y estímulo para lo porvenir; nadie como él ansiaba que la guerra se hiciera dentro de las leyes de la humanidad, pero desgraciadamente los españoles se dejaban cegar por instintos feroces; fueron ellos los que dieron el ejemplo de crueldad; en esa escuela se formaron los americanos, cuyos desvíos no son excusables, aunque sí explicables.

Sabido es que Bolívar dió libertad a los esclavos de su propia casa, y que en el Congreso de Augustura pronunció estas inmortales palabras en bien de la porción más desgraciada de la humanidad:

“Sí, los que antes eran esclavos, ya son libres; los que antes eran enemigos de una madrastra, ya son defensores de su Patria. Encareceros la justicia, la necesidad y la beneficencia de esta medida, es superfluo, cuando vosotros sabéis la historia de los ilotas, de Espártaco y de Haití; cuando vosotros sabéis que no se puede ser libre y esclavo a la vez, sino violando a la vez las leyes naturales, las leyes políticas y las leyes civiles. Yo abandono a vuestra soberana decisión la reforma o la revocación de todos mis estatutos y decretos; pero yo imploro la confirmación de la libertad absoluta de los esclavos, como imploraría mi vida y la vida de la República”.

PETIÓN estaba pagado; su obra benemérita no podía tener más alta culminación; la espada, la sabiduría y la virtud del excelso guerrero americano llevaron hasta los confines del Continente los ideales de aquel egregio patricio.

La derrota de Ocumare y el proceder indigno y antipatriótico de Bermúdez y de Mariño, hicieron fracasar la primera expedición. Bolívar estuvo

a punto de ser asesinado; entonces, sobreponiéndose a las bajas pasiones de sus enemigos, resolvió tornar a Haití. El 9 de octubre de 1816 estaba en Puerto Príncipe. Su ilustre amigo había sido electo Presidente vitalicio; entonces el Libertador le dirigió la hermosa carta que va a leerse:

“Puerto Príncipe, octubre 9 de 1816.

A Su Excelencia el Sr. Presidente de Haití.

Señor Presidente:

La pluma es un fiel instrumento para transmitir, con libertad, los sentimientos sinceros que me inspira la admiración.

Si la lisonja es un veneno mortal para las almas bajas, los elogios debidos al mérito alimentan las almas sublimes.

Yo me tomo la libertad de escribir a vuestra Excelencia, porque no me atrevo a decirle todo lo que siento por Vuestra Excelencia. La ausencia me anima a manifestar el fondo de mi corazón. Es muy dulce, sin duda alguna, llenar los deberes del reconocimiento; pero no es un deber el que me dicta los homenajes respetuosos que quiero cumplir.

Veinticinco años de sacrificio, de gloria y de virtudes han proporcionado a Vuestra Excelencia el sufragio unánime de sus conciudadanos, de todos los extranjeros ilustres y los de la posteridad que le espera. No es por cierto el poder lo que constituye el más glorioso atributo de la autoridad que un pueblo libre ha confiado a Vuestra Excelencia, ni la que constituye el mérito real de Vuestra Excelencia. Es un poder superior a todos los imperios; es el de la caridad. Vuestra Excelencia es el único depositario de ese tesoro sagrado. El Presidente de Haití es el sólo que gobierna para el pueblo, sólo él manda a sus semejantes.

El resto de los potentados, satisfechos de ser obedecidos, menosprecian el amor, que hace la gloria de Vuestra Excelencia.

Vuestra Excelencia acaba de ser elevado a la dignidad perpetua de Jefe de la República por la aclamación libre de sus conciudadanos, única fuente legítima de todo poder humano. Está, pues, destinado Vuestra Excelencia a hacer olvidar la memoria del gran Wáshington, franqueándose una carrera la más ilustre, cuyos obstáculos son superiores a todos los medios. El héroe del Norte sólo encontró soldados enemigos que vencer y su mayor triunfo fué el de su ambición. Vuestra Excelencia tiene que vencerlo todo, enemigos y amigos, extranjeros y nacionales, los Padres de la Patria y hasta las virtudes de sus hermanos. El cumplimiento de este deber no será muy difícil para Vuestra Excelencia, porque Vuestra Excelencia es superior a su país y a su época.

Ruego a Vuestra Excelencia acepte con la indulgencia con que siempre me ha tratado, la expresión sincera de una ilimitada admiración por las virtudes de Vuestra Excelencia, de respeto por sus talentos y de agradecimiento por sus favores.

Soy de Vuestra Excelencia muy humilde y obediente servidor,

BOLÍVAR".

Esta carta es una apología del PROTECTOR de la emancipación; es un recuento glorioso de las virtudes y merecimientos del eximio varón, campeón de la libertad; pocos hombres merecieron del Libertador un elogio tan sincero y encendido; esas frases, llenas de gratitud y dictadas por el espíritu de la justicia, constituyen un lauro inmarcesible que ha de ceñir hasta el último instante de los siglos la frente procera de PETIÓN; en verdad, él era "superior a

su país y a su época"; lo mismo podemos decir de Bolívar; América no lo comprendió; lo persiguió hasta matarlo de dolor, porque también era superior a su época y a los hombres que le rodeaban o, como dice un vibrante historiador, era un águila condenada a vivir entre murciélagos.

No cesaba el Libertador de luchar por la causa que había jurado defender; la traición y la ingratitude no lo hicieron cejar. Llegado a Haití, en la segunda vez, volvió a interceder con PETIÓ. Respecto de la conducta de éste, veamos lo que dice Felipe Larrazábal:

"Mostróse PETIÓ esta vez, como siempre, deferente amigo de la libertad y entusiasta sostenedor de Bolívar, amando en él más y más aquel ardor inextinguible, aquella perseverancia de que la historia del mundo guarda tan raros ejemplos. De acuerdo con Southerland, le facilitó todo lo necesario, lisonjeándole con palabras de bondad y de esperanza. La conducta de PETIÓ fué tan prudente y comedida, que el gobierno español no tuvo ocasión para hacerle el menor cargo de infringir la neutralidad. A pesar de estar animado de aquel espíritu benéfico y filantrópico que conocemos y que le hará siempre acreedor al respeto de todos los amigos del género humano, como las reclamaciones eran continuas y muy premiosas, PETIÓ cedió a los rigurosos deberes de la magistratura; y para hacer ver al gobierno de España que el de Haití no había tomado parte alguna activa en la contienda de la Costa firme, ordenó que los buques que conducían emigrados a Margarita y a otros puntos de Venezuela, fuesen registrados por los cruceros de Haití con la mayor escrupulosidad. Este conflicto vino a aumentar las dificultades que tocaba el Libertador en el proyecto de su segunda ex-

pedición; pero con destreza e ingenio pudo superarlo”.

Gobernante de gran sentido común, PETIÓÑ conocía los hombres; por esto no dejó de ser generoso con el Libertador; sabía que éste era el hombre designado por la Providencia para redimir un Continente, y que por sobre las dificultades sin número que se le presentaban habría de triunfar tarde o temprano. Así fué.

La siguiente carta fué la despedida que Bolívar dió en esta ocasión al benévolo Marión:

“Puerto Príncipe, diciembre 4 de 1816.

Sr. Gral. Marión, Gobernador del Departamento de los Cayos.

Señor General:

Próximo a emprender la marcha para mi Patria, a fin de consolidar su independencia, faltaría a la gratitud si no me apresurara a tener la honra de dar a Ud. las gracias por todas las bondades que ha prodigado Ud. a mis compatriotas. Siento en extremo no poder despedirme de Ud. personalmente, para ofrecer a Ud. mis servicios en mi Patria, en todo aquello en que Ud. tenga a bien ocuparme. Si los favores atan a los hombres, no dude Ud., General, que yo y mis compatriotas amaremos siempre al pueblo haitiano y a los dignos Jefes que lo hacen feliz.

Permítame Ud., señor General, suplicar a Ud. se digne colmar sus bondades favoreciendo al Sr. Villarel, a quien dejo al cuidado de conducir el resto de nuestra expedición a Venezuela, y sírvase Ud. admitir el homenaje de mi alta consideración.

BOLÍVAR”.

Parte de la expedición salió el 21 de diciembre de 1816 del puerto de Jacmel y llegó el 28 del

unismo mes a Juan Griego. En esta fecha zarpó de los Cayos el resto que estaba a cargo de Villarel. (1)

No volvería ya Bolívar a separarse del suelo americano; la brega sería formidable, pero el triunfo, como lo había presentido PETIÓN, coronaría los anhelos del mundo entero que miraba con pasmo las proezas del HOMBRE singular que fatigaría la historia con su grandeza. No tocó al ilustre protector saber los éxitos de su amigo, quien siempre tuvo para su memoria palabras de admiración y de cariño. Justo es que América rinda un homenaje al que supo adivinar, tras la nube de la desgracia, el genio de nuestro Libertador e impulsar la obra redentora.

PETIÓN Y BERRÍO

Suele enviar Dios en épocas en que la sociedad está más conturbada, ciertos hombres excepcionales que, asiendo el timón de la nave de un país, la conducen a tranquilo y seguro puerto.

De esa clase es ALEJANDRO PETIÓN; hijo del pueblo, educado en la guerra; ante la desgracia de la Patria, se irgue pujante, vence a los enemigos y organiza la administración pública de una manera tan sabia como benéfica.

Notamos algunas semejanzas entre el célebre haitiano y nuestro glorioso Pedro Justo Berrío: surgen en la pelea; combatiendo muestran uno y otro sus dotes de militares valerosos y un alto espíritu de orden; a ambos corresponde trocar las armas de la guerra por las del trabajo, restableciendo los servicios públicos, serenando los ánimos y conteniendo la exaltación de los enemigos de la paz; guarda PETIÓN, en medio del incendio universal, una neutralidad científica, sin que esto le impida ayudar a la emancipación de la América del Sur; sin violar el

régimen federal, gobierna hábilmente Berrío el Estado Soberano de Antioquia, de acuerdo con sus sabias ideas administrativas, bajo el imperio de una Constitución política que le es adversa; uno y otro mantienen la dignidad del Estado, impulsan la educación popular, fomentan la agricultura y las industrias; ambos son reelegidos por el querer unánime de sus conciudadanos y, al alejarse de la más alta magistratura, nadie los acusa de improbidad ni de tiranía; pero la cualidad que más acerca a estos dos grandes personajes y que constituye el secreto de su triunfo, es aquella intuición práctica en el conocimiento de los hombres y la manera acertada para analizar los hechos y los tiempos; es ésa la psicología práctica, aplicada al gobierno, que caracteriza a los más eximios estadistas. Los hombres de mucha ciencia y de rica imaginación forjan bellas teorías y escriben brillantes páginas, pero al llegar a la solución concreta de los problemas de gobierno, se desconciertan y fracasan por completo; son águilas que vuelan por regiones inundadas de luz pero que, al posarse en la tierra, mueren de asfixia.

Que las Repúblicas libertadas por el genio de Bolívar no olviden, al hacer el recuento de sus inmortales gestas, el nombre amable e ilustre de ALEJANDRO PETIÓ. (1)

Medellín, enero 23 de 1923.

TOMÁS CADAVID RESTREPO

(1) FUENTES:

- Ramón Azpurúa. Biografías de Hombres Notables.
 O'Leary. Memorias. Tomos XII y XV.
 Cantú. Historia Universal. Tomo VI.
 Enciclopedia de Espasa. Tomo 44.
 Paul Guérin. Dictionnaire des Dictionnaires.
 Felipe Larrazábal. Vida de Bolívar.
 Blanco Fombona. Cartas de Bolívar y Discursos y Proclamas.
 Mancini. Bolívar y la Emancipación de las Colonias Españolas.
 Andrés Bello. Poesías.
 Vergara y Escarpetta. Diccionario Biográfico.